

70



CARTA DEL ANIVERSARIO
DE MI ENFERMEDAD

+ Jorge Novak
Padre Obispo

2 - SETIEMBRE - '85

2 - SETIEMBRE - '86

OBISPADO DE QUILMES

ESQUEMA DE LA CARTA

1. "Señor, Dios mío, clamé a Tí y Tu me sanaste". 3
2. "Para que se manifiesten en él las obras de Dios". 4
3. "Yo tuve una gran alegría en el Señor...". 6

CARTA DEL ANIVERSARIO DE MI ENFERMEDAD

(2.9.85-2.9.86) (Circ. Nº 70/86)

Queridos hermanos:

como muchos otros acontecimientos muy personales, hubiese querido conmemorar el aniversario de mi enfermedad en el más absoluto silencio, en el marco de una oración íntima y sencilla, como la ofrenda que sube a Dios de un corazón purificado por la prueba. Pero entiendo que mi condición de pastor de la comunidad diocesana me obliga, en cierto modo, a hacerles a ustedes partícipes de mis sentimientos de fe, de esperanza y de caridad, en la comunión que así nos hermana en Dios.

1. "Señor, Dios mío, clamé a ti y tú me sanaste". (Salmo 30,3).

Cuando el virus de Guillain Barré me redujo a parálisis total, el 2 de septiembre del año pasado, comprendí que me encontraba ante una inesperada y extraordinaria experiencia de Dios. Más de una vez había expresado en mi proclamación de la Palabra de Dios que hay momentos en nuestra vida en que hacemos una nueva experiencia de este encuentro indescriptible: Dios y nuestra conciencia. Todo queda marcado por la fuerza del acontecimiento el lugar, la hora, las demás circunstancias. Todo resulta tan vivencial y transformante que quisiéramos fijar la memoria con algún momento que desafíase la erosión del tiempo. Son teofanías íntimas y bien personales, pero que evocan las que quedan registradas en la Biblia. Jacob erige en piedra conmemorativa la que le había servido de almohada, tras sentir en Betel la presencia amiga de Dios (Génesis 28,11 y ss.).

Ha pasado un año. Me viene al recuerdo la plegaria del piadoso profeta, tras recorrer el misterioso sendero de la enfermedad: "La senda del justo es recta, tú allanas el sendero del justo ... Mi alma te desea por la noche, y mi espíritu te busca de madrugada ..." (Isaías 26,7-9).

La crónica exterior de este recorrido es sencilla: 8 de septiembre de 1985, regreso en avión desde San José de Costa Rica para ser internado en el Hospital Francés; 4 de octubre, salida de la sala de terapia intensiva; 30 de noviembre, traslado del hospital a mi domicilio particular, junto a la Curia de Quilmes; 3 de abril hasta la plena rehabilitación, traslado a

Pereyra (comunidad de las Hermanas Vicentinas).

Según el doctor que se responsabiliza de mi rehabilitación, tengo recuperados los músculos en un 70%. Hay que completar el 30% restante. Hay que recuperar, todo, la coordinación de los músculos, ya que el virus borró toda la memoria grabada en el cerebro desde la niñez (se sobreentiende hablar de la memoria relativa a la puesta en marcha de los músculos). El virus, gracias a Dios, no llegó a afectar ningún órgano interno.

Todos los días hago 4 horas de gimnasia recuperatoria. Los martes y jueves voy a la Curia, para atender entrevistas; lógicamente en esos dos días la gimnasia se reduce a dos horas. Los domingos celebro una o dos santas misas en las Iglesias parroquiales o en las capillas, con ocasión de las confirmaciones o fiestas patronales.

Han sido y siguen siendo meses de oración interior, de reflexión, de entrega al designio misericordioso del Padre Dios sobre mí. El salmista me ayuda a interpretar este estado anímico: "Tú convertiste mi lamento en júbilo, me quitaste el luto y me vestiste de fiesta, para que mi corazón te cante sin cesar: ¡Señor, Dios mío, te daré gracias eternamente!" (Salmo 30, 12-13).

2. "Para que se manifiesten en él las obras de Dios". (Juan 9, 3)

Me dirijo ahora de modo particular a los enfermos de nuestra comunidad diocesana. Queridos hermanos, les vuelvo a escribir con los sentimientos que brotan de un corazón que late al unísono con ustedes. Un corazón que anima mi cuerpo todavía afectado, por las consecuencias del virus.

Llevado por el afecto los descubro a ustedes en sus casas, o en los centros hospitalarios. Trato de percibir y compartir espiritualmente sus dolores y esperanzas. Muchos de ustedes saben más que yo, por su propia larga y dura experiencia, la que es el dolor. Más de uno de ustedes habrá tenido que aceptar lo irreversible de su enfermedad, lo irrecuperable de su discapacidad, lo inalterable del sufrimiento.

¡Cuántos de ustedes han debido resignarse, a temprana edad, a ganar el pan para sus hijos! ¡Cuántos han debido abandonar el ejercicio de alguna profesión que les permitía desarrollar una fecunda actividad social! ¡Cuántos pudieron apenas saborear el legítimo gozo de vivir compartiendo la fiesta de la vida

con salud, invitados misteriosamente por el Señor a prolongarse en la historia con una fecundidad más rica y perdurable!

Los discípulos ven, al pasar, a un ciego de nacimiento y preguntan a Jesús si en la causa de esa carencia, que ellos consideraban desgracia, no había un pecado, personal o familiar. La respuesta de Jesús es divinamente esclarecedora: "nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios" (Juan 9,3). La obra de las obras de Dios es el misterio pascual de Cristo.

No duden, queridos hermanos enfermos, en apropiarse la consoladora palabra del Maestro: tu enfermedad, tu sufrimiento tiene un sentido salvífico: en tu cuerpo, en tu persona, en tu vida al parecer disminuida va a brillar la acción de Dios. Asociado, por un designio misericordioso del Padre, a la pasión de Jesús más que el resto de los mortales, también compartirás en medida el esplendor de la resurrección del Señor. Ahora, en tu cuerpo enfermo, eres tomado misteriosamente como representante de Cristo, como instrumento privilegiado por una presencia particularmente eficaz de Cristo: "Estuve enfermo y me visitaron" (Mateo 25,36).

Juan Pablo II, en su Carta Apostólica sobre "el sentido cristiano del sufrimiento humano" (del 11 de febrero de 1984) tiene páginas tan largas como brillantes acerca de este tema inagotable. Más de uno de ustedes las habrá leído o habrá recibido su luminoso contenido de labios de algún hermano o de alguna hermana que ejerce en nombre de la Iglesia el altísimo servicio de visitar y consolar a quienes llevan a cuestas la cruz del sufrimiento.

Transcribo una de estas páginas: "A través de los siglos y generaciones se ha constatado que en el sufrimiento se esconde una fuerza particular que acerca interiormente el hombre a Cristo, una gracia especial. A ella deben su profunda conversión muchos santos, como por ejemplo San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, etc. Fruto de esta conversión es no sólo el hecho de que el hombre descubre el sentido salvífico del sufrimiento, sino sobre todo que en el sufrimiento llega a ser un hombre completamente nuevo. Halla como una nueva dimensión de toda su vida y de su vocación. Este descubrimiento es una confirmación particular de la grandeza espiritual que en el hombre supera el cuerpo de modo un tanto incomprensible. Cuando este cuerpo está gravemente enfermo, totalmente inhábil y el hombre se siente como incapaz de vivir y de obrar, tanto más se ponen en evidencia la madurez interior y la grandeza espiritual, constituyendo una lección conmovedora para los hombres sanos y normales" (Nº 26).

Hermanos enfermos: imitando a Jesús, la comunidad cristiana debe acentuar su acercamiento a ustedes. La aproximación ha estar compenetrada de respeto, de amor, de esperanza. En el documento citado escribe el Papa: "Se puede decir que el hombre se convierte de modo particular en camino de la Iglesia, cuando en su vida entra el sufrimiento" (Nº 3).

Hermanos enfermos: guiados por la luz de la fe, descubran y vivan ustedes mismo su propio misterio de comunión plena con Cristo. Hagan suyas las palabras y la experiencia de Pablo Apóstol: "Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque el presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Galatas 2, 19-20).

3. "Yo tuve una gran alegría en el Señor ..." (Filipenses 4, 10)

En los días previos a nuestra Asamblea del Pueblo de Dios (y ahora vuelvo a hablar a toda la diócesis) es necesario recordar a quienes, con su paciencia, fortaleza y hasta alegría en sobrellevar el sufrimiento nos obtienen, en buena medida, las gracias de comunión y de misión que necesitamos. Nuestros enfermos no se harán presentes físicamente en la sala de sesiones de la Asamblea; no tomarán la palabra para proponer sus puntos de vista; no integrarán las comisiones de redacción de nuestros documentos y declaraciones. Pero estará presente actuante entre nosotros su espíritu elevado a Dios, su corazón entregado al designio del Padre, su cuerpo en cuanto "víctima viva, santa y agradable a Dios" (ver Romanos 12, 1). Su presencia espiritual asegurará a nuestro diálogo diocesano la profundidad y eficacia salvífica que ha de esperarse de la Iglesia como instrumento fiel del misterio pascual de Cristo.

El Apóstol Pablo, que escribe a los cristianos de Filipos cargado de cadenas (1, 13), expresa agradecido la alegría que sintió cuando ellos acudieron a aliviarlo en sus necesidades (4, 10). No fue la cárcel de Pablo, sino la enfermedad enviada por el Dios bueno y providente la que les dio a ustedes la oportunidad de expresarme el afecto que suscita la fe en mi condición de sucesor de los Apóstoles.

Por eso, una vez más, en la ocasión de este aniversario: "¡Gracias, muchas gracias!" Gracias por las oraciones y obras de penitencia ofrecidas por mi salud y mi recuperación. Gracias por las visitas y por quienes quisieron hacerlos, impidiéndoselo la falta material de tiempo y la necesidad de econo-

mizarlo en aras de una mejor y mas rápida rehabilitación. Gracias por las limosnas para aliviar los gastos que mi enfermedad demandó a la diócesis. Gracias a quienes me asistieron, día y noche, en nombre de sus familias y de sus comunidades.

Gracias a los médicos y enfermeros del hospital Calderón Guardia, de San José de Costa Rica y del Hospital Francés, de Buenos Aires. Gracias a quienes desde los medios de comunicación social, se interesaron por mi situación. Gracias a quienes, desde los más diversos lugares, se me acercaron con sus cartas.

Gracias, de modo muy particular, a los que, desde la Curia diocesana, debieron asumir muy difíciles responsabilidades, tocantes a mi persona y a toda la comunidad diocesana. Me queda grabada en el corazón, de modo imborrable, la solícita gestión de los ministros sagrados: los Vicarios Generales con los integrantes del Colegio de los presbiteros y del Colegio de los diáconos.

Hermanos de esta porción del Pueblo de Dios que es nuestra diócesis, ministros sagrados, personas consagradas y laicos: dejen que les aplique todavía un texto de la Carta a los Filipenses: "Por el momento, tengo todo lo necesario y más todavía. Vivo en la abundancia desde que Epafrodito me entregó la ofrenda de ustedes, como perfume de aroma agradable, como sacrificio aceptable y grato a Dios. Dios colmará con magnificiencia todas las necesidades de ustedes, conforme a su riqueza, en Cristo Jesús. A Dios, nuestro Padre, sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén" (4, 18-20).

"Para que se manifiesten en él las obras de Dios" (Juan 9,3). "La erigió como piedra conmemorativa" (Génesis 28, 18). La acción salvífica por excelencia es el misterio pascual de Cristo; su memoria, es la celebración de la Eucaristía. Leamos al Apóstol: "... Este es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía. .. Esta copa es la Nueva Alianza que se sella con mi Sangre. Siempre que la beban, háganlo en memoria mía..." (Corintios 11, 23-26).

Como público reconocimiento de mi gratitud a Dios en este aniversario para mi tan particular, celebrará la Acción Eucarística el sábado 13 de septiembre, a las 16.00 hs., en el Santuario de Schönstatt (Hermanas Marianas, Floranci Varela). María estuvo junto a la cruz de Cristo, en el Calvario. Ella acompaña con idéntica solicitud de Madre a cada uno de sus hijos en las pruebas de la vida. Regresé a la Argentina el 8 de septiembre del año pasado, en la fiesta de la Natividad de la Virgen. Me reencontré con la comu-

nidad diocesana el 8 de diciembre, nuestra fiesta patronal. Pude peregrinar a Luján, presidiendo la 7a. peregrinación diocesana, el 27 de abril.

Ahora quiero celebrar la memoria del paso de Dios por mi vida junto a un Santuario mariano, al que suelen acudir muchos fieles de nuestra diócesis. Invito a acompañarme a quienes buenamente puedan y quieran hacerlo.

Los bendigo afme.

+ JORGE NOVAK
PADRE OBISPO

Quilmes, 2 de septiembre de 1986.